



Versaciones de un chupaplumas

Consternada ante la perspectiva

[1]



de quedarse sin empleo en una época en la que, para colmo, andaba embarcada en una hipoteca porque estaba ya hasta la coronilla, dijo, de compartir piso con un par de cajas de supermercado y un físico nuclear¹ que se pasaban la vida riñendo a ver a quién tocaba hacer el baño y fregar los platos; y se había comprado un pequeño apartamento que “ahora, por culpa de todos ustedes², no sé qué voy a tener que hacer para pagarlo” se puso de pie tras pronunciar su dolorida alocución plagada de tintes nostálgicos recordando ella cómo, proveniente de una pequeña capital de provincias de clima más bien frío y bastante lluvioso pero muy bonita con su magnífica catedral gótica, había llegado muy joven a la capital como quien dice con lo puesto huyendo del hogar familiar y de un padrastro lascivo que...

Alzó en este punto la mano Sonia, impidiéndole con su gesto sereno terminar la exposición de unos hechos que intuía — y no es que se hubiese manifestado Sonia hasta el momento como persona intuitiva, o yo por lo menos no había reparado en ello; pero si ahora afloraba esta nueva faceta de su carácter entendí que sería prudente, para lo sucesivo, tenerla en cuenta — “pueden contener — dijo — detalles o pormenores escabrosos tal vez no muy aptos para ser escuchados por los niños” para, de inmediato y llevándosela a la cabeza, girarse hacia mí y en tono muy alterado increparme con que si es que no iba a ser posible hacer carrera de mí, y que si seguíamos en

¹ Polaco él, empleado como tantos centroeuropeos venidos a España por aquella época de peón en una empresa constructora, con el que tras conocerse chateando por internet y tomar un par de copas había entablado una relación sentimental y, juntos, habían alquilado un pequeño apartamento... [\(seguir leyendo\)](#)

² Hipó, sonándose la nariz con un kleenex y despreciando el pañuelito que con tan buena voluntad e ímprobo esfuerzo el chico había centrifugado en atención a un abuelo que, y bien patente había quedado, ni merecía tantas contemplaciones ni había necesitado quizás nunca la colaboración del pequeño ni para entender ni para expresarse.

[2]

ese plan terminaríamos desquiciados y con los nervios hechos trizas, sin ser capaces de reconocernos siquiera no ya los padres a los hijos y estos a sus padres sino cada cual a sí mismo y a sus propias reacciones.

- ¿O le parece coherente que me ponga — me preguntó enfadada — remilgosa y *¡oh, cielos, delante de los niños!* cuando venimos de decir, de decirlo yo personalmente no hace ni cinco minutos, que estos niños de ahora saben latín?

- ¿Cinco minutos, Sonia — objetó su marido — cuando lo de la mariposa fue a primera hora de la noche y ya está, mira por la ventana tú misma y podrás verlo, empezando a clarear?

Y que habían sucedido muchas cosas desde entonces y que se acordara, por ejemplo, cómo en Velázquez esquina con Jorge Juan tuvimos que cambiarnos de taxi porque un chiflado se saltó el semáforo y nos embistió...

- No era Jorge Juan sino Villanueva — ella, que además de intuitiva comenzaba a revelárenos como buena observadora —; lo recuerdo perfectamente porque el coche nos embistió por la derecha.

- Perdona, querida, pero no. Además... — se volvió Ramírez hacia mí —, ¿qué dice exactamente el manuscrito?

- ¿Qué manuscrito? — Sonia, en tono sarcástico muy parecido al que emplease la tarde de las judías diciendo *par de adorables querubines* justo antes de, pasando sin solución de continuidad a un tono airado, gritarme hecha una furia “cantamañanas cursi del carajo”³

³ Haciéndome sentir — ahora, no entonces — reconfortado porque “ésta es — me dije — mi Sonia”, la Sonia de la que yo solo (bueno, **con alguna ayuda de mi amigo**, claro) y con mi propio esfuerzo había logrado hacer una esposa, y una madre, y una nuera y, si las

y dar, acto seguido, un portazo — ¿Qué manuscrito, Román, si no hay ningún manuscrito, si se lo está inventando todo...

– ¿Me lo estoy inventando todo? — Repliqué en tono también sarcástico porque, entendí, el colocarme en su misma tesitura podría mantenerla a raya, a raya y no sólo a ella sino también al desarrollo de unos acontecimientos que, me terminaba de dar cuenta con enorme estupor, se me empezaban a escapar de las manos.

– Bueno — pestañeó y, con esa ausencia de solución de continuidad tanto para los tonos como para las actitudes que comenzaba a manifestarse en ella (pese a sus protestas) como seña de identidad muy relevante, con gesto nervioso se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja —, es posible que no exactamente “todo”, y que haya invadido su terreno sin derecho alguno y sin pararme a considerar, como a veces soy tan impulsiva, que siendo Ramones su segundo apellido...

– Mi segundo apellido es Peláez — Repuse, en tono cortante y en absoluto en consonancia con el que, compungida, viniese de emplear ella y que me hizo recapacitar, aunque muy de pasada porque no era momento de ocuparme de mí mismo, si no sería yo persona con escasa facilidad para cambiar de registro a la velocidad conveniente.

– Pues tanto gusto — y me sonrió —, pero no se llama usted Pelayo Pelaz Peláez, ¿verdad?

musas y la diosa Fortuna se ponían de acuerdo para no darme la espalda... Pero preferí, “ahora”, centrarme en lo que me estaba ocupando y no perderme en fantasías que si sí me la daban, terminaría todo como el cuento de la lechera por culpa de, como decía mi madre que en paz descansa cuando se colocaba a mi espalda leyendo por encima del hombro lo que yo escribía, “tus tontunas”.

- No, ¿pero qué importancia tiene eso?

- Eso digo yo — Intervino el marido — ¿Qué importancia tiene que el señor Campillos no se llame Pelayo Pelaz Peláez?

- Oh, ninguna, claro — Y dio Sonia un pequeño respingo, y emitió una risita nerviosa. Luego se acercó a él y acariciándole una mano que tomó amorosa entre las suyas agregó —, excepto que ello significa que tiene la inmensa suerte de no estar casado con una mujer tan irreflexiva como tú...

- ¿Y no quedaría mejor — tomó la palabra prácticamente recién recuperada el suegro, que feliz como un chiquillo con zapatos nuevos quería hacer por lo visto sus pinitos — “una mujer tan irreflexiva como yo”?

- Ella — le explicó Celedonia — se refiere a “estar casado”, que sea con una mujer tan insensata como Sonia es...

- Irreflexiva — Rectifiqué.

- Bueno, no hay mucha diferencia — respondió sin mirarme. Y volviéndose hacia la nuera para mirarla, a ella sí, con gesto serio, concluyo su frase —: accesorio y meramente coyuntural que hubiera bien podido evitarse con, tan sólo, haberse parado un instante a recapacitar si Román estaría siendo...

- O no el hombre adecuado, — terció la fisioterapeuta —; pero las cosas suceden como ocurren y no de alguna otra manera. Y se conocerían, un día, y se enamorarían y... Claro que es que yo con esto tan reciente de Cris estoy muy sensibilizada... Perdón, ¿necesita que se lo deletree?

- No — contesté —, se escribe con be.

-Me parece que con be precisamente no, pero déjeme pensar... — Contó con los dedos mientras movía los

labios, y cuando hubo terminado de echar cuentas declaró —: ninguna. Siete consonantes pero ninguna es be.

- Disculpe — le dije — pero no la entiendo.

- ¡Y eso que no se lo he dicho! Pero es que esos nombres extranjeros son tan impronunciables. Por eso yo siempre le llamaba Cris.

- ¿A quién?

- Pues a Cris... Ande, deje que se lo deletree que va a ser lo mejor — y deletreó —: K-r-z-y-s-z-t-o-f.

- ¿Su novio polaco? — Preguntó la señora de Ramírez.

- Polaco, sí. Pero les he dicho que ya no es mi novio porque se lió con la abogada que le arreglaba los papeles.

- Comprendo — Y Celedonia, comprensiva en efecto, suspiró.

- Pero no lo había dicho — El nieto mayor.

- ¿No? — La fisioterapeuta, que me miró con cara de que lo aclarase yo.

- Oh, él no sabrá — intervino con sequedad Sonia — con ese desorden que se trae... O no se lo habrá inventado todavía... O se le olvidará o lo escribirá de cualquier manera, la primera que se le pase a él por la cabeza como le acaba de pasar con mi esposo; aunque he de reconocer que esta vez ha andado diligente haciéndome reconocer su error de inmediato y no, como ya le pasó un día, una vez que me colocó los guantes de goma para fregar, ¡imagínese!, me parece que los azulejos de la cocina y ahí estuve, días y días, ¿verdad, Daniel?, hasta que, cansada de esperar la continuación o de tener desatendidas mis obligaciones (que ya no me acuerdo muy bien) me los quité y me dije “en fin, debe de ser que hasta aquí y ni un paso

más ha dado de sí el papel que el señor me encomendase en esta vida”.

- ¿Yo hice eso? — Yo.

- Usted, sí. Y si no me cree pregúnteselo a Daniel... ¿Quiere que se lo deletree?

- No, no es necesario — le contesté — Pero, como rectificar es de sabios, eso que me dice, ¿cuándo fue?

- De sabios, sí — ella —; tres consonantes y ninguna es erre — Y girándose a la fisioterapeuta — ¿Ve? Ya no se acuerda.

Y como la instase a que, si no quería correr la misma suerte y quedarse moqueando y secándose las lágrimas por tiempo indefinido — le resumí a mi amigo, un poco apurado porque la camarera empezaba a hacer más ruido del imprescindible colocando las sillas sobre las mesas, patas arriba —, terminara con su historia de amor a la mayor brevedad posible aprovechando que estábamos como si dijéramos en caliente, la otra en pocas palabras explicó que la historia había terminado hacía mucho y que no lloraba ahora por eso sino porque como la ruptura por culpa de la abogada vino a coincidir casualmente con que el músico se mudase por lo de la cajera y el acoso ella se quedó con su habitación y pareció que al principio el odio en que se trocara el amor con el exnovio se mantenía en términos más o menos amistosos o dentro, al menos, de los límites de una cortesía que terminó derivando en que, como para mantenerse distante ella no participaba en las discusiones referidas más arriba, vino a resultar que era la que más arreglaba el baño y la que más platos fregaba; así que se terminó hartando y por eso se había comprado el apartamento cuya hipoteca tendría que afrontar ella sola y no sabía cómo se las tendría que componer si, como veníamos de ver, ahora resultaba que su cliente rompía no ya hablar, que eso a ella ni le iba ni le venía, sino también a andar porque, entonces, qué pasaría con su trabajo.

Consternada ante la perspectiva

[7]

- Bueno — dijo mi amigo mientras recogíamos, ya a tientas porque la camarera quiso ser más explícita y apagó las luces, las cosas de encima de la mesa —, ese final está bastante bien traído.

Pero que en el relato había muchas lagunas, y que debía de trabajarlo un poco más, en fin, pulirlo. Y que, eso era importante, pusiese cuidado en no confundir al lector con quién estaba apurado, si él o yo, en el párrafo de la camarera, porque era un equívoco que hubiera podido evitarse con — como muy bien no llegase a terminar de exponer Celedonia explicando al marido cuál había sido el error que cometiese la nuera — tan sólo introducir unos cambios en la distribución de las palabras y colocar un par de comas en el sitio adecuado.